



rán: entre la Persia antigua y la revolución de los Ayatolas

*Recibido el 10 febrero de 2009.
Aprobado el 20 de abril de 2009.*

“...Alá es el más grande –Muera el Sha– Khomeini es nuestro líder...”
(Lema revolucionario del año 1979)

Mauricio Montoya Vásquez¹

¹ Filósofo de la Universidad Pontificia Bolivariana. Estudios de Historia en la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Maestrando en Historia y Memoria de la Universidad Nacional de la Plata, Argentina. Dirección electrónica: mamv82@gmail.com



Resumen

En el año 2000, la Cumbre del Milenio, celebrada en la sede de Naciones Unidas, más de 189 jefes de Estado y de Gobierno, adoptaron los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), como la vía regia hacia la construcción de un mundo más humano y más equitativo.

Los ODM se relacionan de manera directa con los principales Indicadores de Desarrollo Humano. Avanzar en su comprensión es tarea necesaria en el desafío aún mayor de profundizar en el Paradigma del Desarrollo Humano.

Palabras clave

Toería política, Irán, Medio Oriente, Islam.

Abstract

In 2000, the Millennium Summit held at UN headquarters, more than 189 heads of State and Government endorsed the Millennium Development Goals (MDGs) as the way forward towards building a world more humane and equitable.

The MDGs are related directly to the key human development indicators. Advance their understanding is necessary in the challenging task even more to deepen the human development paradigm.

Key Words

Political Theory, Iran, Middle East, Islam.

Considerada por muchos una cultura milenaria, Persia, hoy llamada Irán, constituye hasta la actualidad un pueblo rico en tradiciones culturales e ideológicas, el cual además de haber sido cuna de dinastías como la Aqueménida y la Seleucida, de gobernantes como Ciro y Darío y de una religión como el Mazdeísmo, fue para el mundo antiguo un respetado imperio cuyas huellas indelebles en la historia han sido imposibles de olvidar. En la actualidad, el Irán moderno se debate entre la nostalgia de una revolución, que instauró un sistema político con características bicéfalas (teocracia y democracia), y un contexto mundial que cuestiona sus declaraciones contra Occidente y sus estrategias de proliferación nuclear. En consecuencia, 1979 fue para el mundo musulmán, especialmente para el pueblo iraní chiíta, un año convulso y lleno de acciones que impactaron al resto de la humanidad. Así entonces, 30 años después del hito revolucionario Islámico, este artículo, más que cuestionar, busca

promover espíritus inquietos que deseen inmiscuirse en las profundidades de una cultura rica, misteriosa y controversial para nuestra visión occidental.

Introducción

Cada vez que hablamos de acontecimientos históricos, tendemos a referenciar sobre todo elementos causales, tales como los sociales, políticos y económicos; además de analizar concienzudamente el desarrollo y las posteriores consecuencias generadas por dichos acontecimientos. Sin embargo, en múltiples ocasiones, suele olvidarse o reducirse la importancia histórica, coyuntural e ideológica que pueden llegar a poseer los imaginarios colectivos, especialmente uno como el del ámbito religioso, dentro de las diversas relaciones de una sociedad. Para el caso particular de la revolución Islámica, el análisis de un campo ideológico como el religioso invita a reflexionar sobre la influencia que dichas creencias pudieron tener sobre los diferentes órdenes sociales y políticos, que además de hallarse constituidos como sistemas tradicionales y absolutos, debieron verse enfrentados bajo el espíritu de una mentalidad revolucionaria basada no sólo en ideales transformadores sino también en paradigmas religiosos, cuyo principal interés establecía la proclamación de un sistema de gobierno netamente teocrático.

Por tanto, la interrelación entre religión y política, vislumbrada en el Islam desde las sentencias coránicas transmitidas a la humanidad gracias al profeta Mahoma, alcanzaría gran relevancia en pleno siglo XX cuando “movimientos revolucionarios” bajo la batuta de líderes religiosos tuvieran la osadía de tomarse el poder y proclamar, en contra de un sistema considerado por ellos tiránico e indigno, una república bajo connotaciones islámicas, donde el estilo de vida se hallaría regido por prescripciones religiosas milenarias e interpretaciones de sus guías más representativos: Imanes-Ayatolas.

Así entonces, el desarrollo de un trabajo sobre el sentimiento político y religioso en un contexto como el de la revolución Islámica, genera una búsqueda exhaustiva para tratar de dar respuesta a una serie de interrogantes, tales como: ¿Existe un fundamento político en el desarrollo de una revolución de características religiosas? ¿Es plausible la constitución de un gobierno con características teocráticas en pleno siglo XXI? ¿Son



asimilables la ideología religiosa y la constitución de los parámetros políticos de una nación?, entre otros.

La conquista del Islam

Tras la muerte del profeta Mahoma (632 d.c) el Islam experimentaría una serie de convulsiones socio-políticas que con el tiempo fracturarían ideológica y doctrinalmente la nueva religión. La aparición de nuevos líderes y a su vez la proclamación de éstos como verdaderos sucesores del profeta, inmiscuirían a los neófitos creyentes en graves conflictos, cuyo motor principal serían la reafirmación del poder ideológico y expansionista del Islam. Fue así como dos corrientes tomarían protagonismo en el crecimiento y rápido desarrollo del mundo musulmán; la primera, con ideas de sucesión independientes promovía el poder de califas sin necesidad de una filiación sanguínea directa con el profeta (Sunitas), pero a su vez, la segunda predicaba la importancia del linaje y por tanto la proclamación de Alí (Sobrino y yerno del profeta) como único y verdadero sucesor (Chiítas). Ambas líneas de interpretación, aunque con diferencias doctrinales, convivieron pacíficamente hasta el año 680, cuando después de la muerte de Alí y la renuncia a gobernar de su primer hijo, Hasan, el segundo en descendencia, Husein, quiso asumir el mando, pero tanto él como su pequeño grupo de seguidores serían masacrados por una fuerza armada bajo las órdenes del califa Yazid en la reconocida batalla de Kerbala. Este acontecimiento, que tuvo lugar el décimo día (ashura) del primer mes (moharram) del año musulmán², se convertiría en el gran día de duelo y conmemoración del martirio de Husein, cuya celebración es para la comunidad chiíta del mundo entero la fiesta más importante y en la que la mayoría de los fieles se flagelan y utilizan su sangre en diferentes rituales para escenificar los dolores sufridos por su mártir.

Vale mencionar que, en sí mismo, el chiísmo albergó tres tendencias significativas: los zaydíes, los ismaelíes y los duodécimanos, siendo estos últimos los que mayor aceptación tendrían en pueblos como Irán. Los

² En el calendario occidental fue celebrado el 18 de enero de 2009.

chiíes duodécimanos³, como lo afirma Nikki R. Keddie (2007), “...Seguían a los descendientes de un hijo mucho más moderado de Yasar as-Saqued y creían que el duodécimo imán había entrado en un proceso de ocultación desde el siglo IX por obra de Alá...” (p. 41). Además, la mayoría de los fieles duodécimanos, creían que éste último imán (Muhammad al-Mahdi) reaparecería al final de los tiempos para traer la armonía y la paz al mundo entero.

No obstante, el chiísmo duodécimano nunca llegó a tener gran relevancia en los primeros siglos del desarrollo de la doctrina islámica, pues además de haber sido considerado como herético por algunos teólogos musulmanes tuvo que verse enfrentado a dos dinastías (Omeya y Abasid) mayoritariamente suníes. Sin embargo, serían militantes poderosos como los Safavidas, quienes adeptos a este tipo de chiísmo llevarían su influencia hasta el mundo persa en el año 1501, convirtiendo así un pueblo de primigenia tradición suní en cuna ideológica del chiísmo duodécimano profesado en Irán mayoritariamente desde esa época hasta la actualidad. Así entonces, aunque no pretende negarse con esto la profunda identificación moderna de los iraníes con el chiísmo, busca aclararse que éste, al igual que muchos otros fenómenos tradicionales, es mucho más reciente de lo que suele imaginarse⁴.

En cuanto a la relación entre religión y política para esta época, posiblemente lo más relevante fue la aparición de los denominados mujtahides (estudiosos de las leyes y la teología) cuyo rol principal, tras la desaparición de los 12 imanes y sus juicios infalibles, era la interpretación (falible) de situaciones religiosas y jurídicas fundamentales para el buen desarrollo del pueblo y su apropiada organización social.

³ El Islam chiíta duodécimano, profesado por la mayoría de la población iraní, supone que el legítimo gobierno y la autoridad pertenecen solamente al *Iman*, a quien Dios protege del error y del pecado. Asimismo, sostienen que el *imanato* es uno de los pilares de la religión y que se encuentra fundamentado en los 12 sabios de los cuales el doceavo Muhammad al-Mahdi quien según la creencia escatológica se halla en proceso de ocultamiento y aparecerá al final de los tiempos para derrotar el mal y dar la paz al mundo entero (Khoury, 2000).

⁴ Algunos iraníes ortodoxos buscan reseñar un legendario matrimonio entre el imán Husein y la princesa Sasánida, sin base histórica alguna, para tratar de cimentar una identificación milenaria de los iraníes con el chiísmo, pero como el mismo Nikki R. Keddie lo afirma: “...Siempre se puede echar mano de semejantes leyendas cuando se las necesita” (Keddie, 2007, p. 43).



Es preciso enfatizar que durante el dominio safavida el reconocimiento y el poder de los predicadores y mulás (personas versadas en el Corán y en la jurisprudencia islámica) alcanzaría gran popularidad tanto a nivel social como de la burocracia política, pues como lo deja ver Nikki R. Keddie (2007), a los ulemas / mulás no les resultó difícil mantener una posición conciliadora en los periodos en los que los shahs (Título para el rey de reyes de Irán) no desobedecían la ley islámica ni los trataban mal y además contribuían al bienestar económico tanto de ellos como de la nación (p. 53).

Sin embargo, los factores que habían propiciado alianzas estables entre los ulemas y la corte de gobernantes comenzarían a tambalear cuando fuerzas económicas independientes⁵ parecían brindar un status más fuerte a los ulemas, los cuales llegarían a sentirse con deseos de morder la mano que tiempo atrás les había dado el sostén. Además, muchos de estos estudiosos teólogos, tras acceder a una serie de honores religiosos como convertirse en mujtahides o ayatolas, quisieron ejercer la itijah (interpretación de la ley islámica) con el fin de brindar nuevas interpretaciones de la ley y la doctrina que ofreciesen respuestas claras a los problemas sociales y políticos de su sociedad. En otras palabras, a finales de la época safavida, los mujtahides afirmaban estar más legitimados para gobernar que los impíos y alcohólicos shahs. No llegaban a decir directamente que debían gobernar, una idea propuesta tiempo después por el ayatola Khomeini, pero sí que el shah debía acatar sus decisiones cuando defendiese militarmente la nación; una clara referencia de lo que siglos después reivindicaría el movimiento revolucionario islámico (Keddie, 2007, p. 56).

La época pre-revolucionaria

Ya desde las primeras décadas del siglo XX, los sentimientos revolucionarios del pueblo iraní promovían luchas nacionales contra

⁵ Entre estas fuerzas económicas pueden citarse los llamados vaqf (inversión inalienable) que se contaban entre dinero y propiedades y que funcionaban bajo dos características particulares: una caritativa (entregada para el funcionamiento de instituciones administradas por los ulemas) y otra privada (destinada para los herederos del donante, pero de la cual el ulema sacaba un porcentaje por su trabajo de guardián). Además los ulemas promovían una serie de impuestos religiosos (Jums y Zakat / Limosnas) que no tenían ningún control por parte del gobierno.

potencias imperialistas como Gran Bretaña y Rusia que además de dominar política e ideológicamente la nación desde el siglo XIX, se beneficiaban económicamente de la explotación de productos como el petróleo. Bajo este panorama y con una situación poco alentadora para potencias como Rusia (Guerra con Japón y primeros vientos revolucionarios), el pueblo iraní decidía increpar las antiguas instituciones burocráticas y ortodoxas que abusaban del poder (sobre todo en el campo tributario) y exigir la creación de una *adalatkhaneh* (casa de justicia) que velara por los derechos de los más vulnerables.

No obstante, la creación de la *adalatkhaneh* (casa de justicia) parecía ser sólo simbólica, por lo que las protestas y manifestaciones no tardaron en reaparecer, exigiendo ahora no sólo estamentos para la justicia sino, a su vez, la renuncia de altos mandos del Estado, una asamblea representativa (*Majles*) y la redacción de un modelo constitucional (Keddie, 2007, p. 137). Es de anotar, que la primera *majles* fue elegida por un modelo de votación censitario y tuvo como ganadores en su mayoría a los *Ulemas*, elegidos especialmente por sus conocimientos y por el respeto y admiración que infundían hacia sus fieles. Además, la primera Constitución (con tintes de monarquía constitucional), firmada en 1907, promulgaba derechos y libertades personales⁶ a la vez que ponía en revisión los créditos y tratados con potencias extranjeras. Sin embargo, a pesar de estos logros políticos, las represiones estatales no culminarían y con los años la *Majles* (Asamblea) perdería poder y la Constitución, aunque no sería revocada, se violaría continuamente.

La Dinastía Pahlavi

Con el inicio de la Primera Guerra Mundial la situación de Irán parecía complicarse cada vez más, pues su marcada influencia Británica y Rusa, aunque recelosa, sería aprovechada por movimientos nacionalistas con sentimientos revolucionarios y por potencias como la Alemana que como

⁶ Es paradójico encontrar que la proclamación de derechos aprobada por todos y para todos, fue vetada por un número representativo de *ulemas*, que como lo afirma Nikki R. Keddie, consideraban que los miembros de minorías religiosas no debían tener el mismo status que aquellos que pertenecían a la religión estatal, o sea el Islam (Keddie, 2007, p. 138).



lo reseña Nikki R. Keddie (2007) se aprovecharía del sentimiento antibritánico y antirruso, presentando al Kaiser como un fiel partidario del Islam (p. 145). Pero la guerra produciría un efecto devastador en el país, ya que además de soportar el deceso de miles de personas, el arrasamiento de las tierras y el declive de la incipiente industria nacional, habría de enfrentarse, como lo afirma Nikki R. Keddie a graves problemas, entre ellos la escasez, los elevados precios, el reforzado poder de los jefes tribales y los terratenientes y el insuficiente poder del gobierno central, cada vez más permeado por los intereses británicos (p. 148).

Acto seguido, la posguerra convertiría a Irán en un botín mundial, pues a pesar de su declive, resultaba útil para obtener petróleo y oponerse al fantasma del Bolchevismo que surgía de Rusia como enemigo ideológico y político del mundo occidental, especialmente del poder Británico. Por consiguiente, este panorama, sumado a una serie de tratados (Tratado anglo-persa 1919) aseguraba el monopolio político y económico⁷ de Gran Bretaña sobre Irán; a la vez que era para Reza Kan, un reconocido militar iraní desde su juventud, una oportunidad para promover una transformación en todo el país y proclamarse, bajo el aval Británico, Sha de Irán.

Fue así como Reza Kan alcanzó rápidamente reconocimiento y ascenso en las escalas del poder, pues tras expulsar la amenaza Bolchevique en 1920, salvando a “feudales” y ulemas de la revuelta social (pues eran grandes terratenientes y poseedores de bienes privados), promovió un golpe de Estado, como coronel de las Brigadas cosacas persas en 1921, proclamando una dictadura bajo la soberanía del Sha Ahmad Qajar y de Tabatabai como Primer Ministro, cargo del que se apropiaría en 1923. A partir de ahí, el ascenso de Reza Kan estaba asegurado y en 1925, tras manipular la majles (asamblea) lograría el derrocamiento de Ahmad y su dinastía Qajar, proclamándose Sha de Persia bajo el manto de la dinastía Pahlavi.

⁷ Además de la injerencia política en Irán, los británicos enviaron expertos para reorganizar las fuerzas armadas, ejecutar la opción contractual de ferrocarriles, controlar en gran medida las finanzas iraníes y revisar la política de aranceles (Keddie, 2007, pp. 151152).

Durante su reinado Reza Kan Pahlavi, promovería una serie de cambios tanto a nivel social como económico⁸. En cuanto a lo político, el Sha monopolizaba cada vez más el poder e influía directamente sobre las decisiones y la estructura de la majles, haciéndose cada vez más despótico contra los llamados opositores.

Reza Kan emprendió un proceso de modernización en el país, el cual tenía como puntos fundamentales la constitución de leyes para la consolidación del aparato militar, diversas reformas civiles⁹ y educativas, y una serie de cambios en el aparato judicial que reducían ostensiblemente el papel de los ulemas, asentándose así una magistratura civil y no clerical como era tradicional. Así puede vislumbrarse cuando Nikki Keddie (2007) afirma: “El papel de los ulemas en la judicatura se vio muy reducido, pues sólo aquellos que aprobaban el examen relativo a las nuevas leyes y los temas modernos se les permitía ocupar un puesto en los juzgados” (p. 171).

No obstante, sus reformas ganaron la oposición del clero tradicional¹⁰ y de una gran cantidad de pobladores que veían en los clérigos su única voz de protesta. Esto haría del régimen un modelo cada vez más autoritario, prohibiéndose desde la libertad de prensa hasta la detención y exilio de

⁸ En el campo económico, se anunciaba la cancelación de capitulaciones que favorecían intereses extranjeros en exceso y se promovía un alza en los aranceles de productos de naciones occidentales. Es de anotar, que ciertas reformas económicas fomentaban un espíritu capitalista y favorecían la posición de los terratenientes (Keddie, 2007, p. 172). Sin embargo, y a pesar del control absoluto de la economía por parte del gobierno, las crisis económica, el alza en los impuestos para los más desfavorecidos (causando estos huelgas y diversas manifestaciones) y una incipiente industria, harían que el motor del desarrollo deseado por Reza Kan tambaleara continuamente (Keddie, 2007, pp. 176-177).

⁹ En cuanto al campo civil es de anotar que Reza Kan, restauró principios tradicionales de la ley islámica (Sharia), ajustándola, según él, a las exigencias de la modernidad. Un ejemplo claro puede verse en el caso de las mujeres, pues en contra de muchas medidas restrictivas, se promovió el sufragio y la alfabetización femenina y se instó a optar por las costumbres y formas de vestir occidentales, suprimiendo el uso obligatorio del velo (Shador), (Keddie, 2007, p. 175).

¹⁰ El clero islámico, otrora considerado fundamental en los procesos políticos del país, fue debilitado paulatinamente por el gobierno privándolo de la relevancia que habían tenido en el terreno de la ley y la educación. Además, fueron controladas sus riquezas (suprimidos los Vaqf y expropiadas sus tierras) y muchos de ellos perseguidos como opositores por denunciar el despotismo, la tendencia occidentalizadora del gobierno y la paupérrima situación de muchos ciudadanos iraníes (Keddie, 2007, p. 193).



los principales miembros de la oposición, incluidas las denominadas minorías étnicas, cuyo sentimiento independentista era considerado como una verdadera traición¹¹.

Para 1941, cuando la Segunda Guerra Mundial estaba en su etapa álgida por la invasión alemana a Rusia (incumpliendo el pacto de no agresión), Reza Kan había empezado a simpatizar con las potencias del eje, por lo que para ese mismo año el territorio iraní sería invadido por potencias aliadas (británicos y rusos) que obligarían al sha a abdicar en favor de su hijo Mohammad Reza Pahlavi.

El Nacionalismo versus la Revolución Blanca

El desarrollo político de Irán entre 1941 y 1979 estaría marcado por una serie de acontecimientos nacionales e internacionales (movimientos en favor del nacionalismo, políticas en favor de la occidentalización, gobierno dictatorial, crisis internacional del petróleo, entre otros) que terminarían por convertirse en campo de cultivo para el movimiento revolucionario que estallaría en 1979 bajo la batuta del ayatolá Khomeini y con una tendencia claramente tradicional y religiosa.

Puede decirse que los levantamientos nacionalistas fueron un verdadero antecedente para lo que vendría en los años 70. Las luchas políticas (disputas ideológicas sustentadas en la Guerra Fría), la crisis económica (alta inflación y creación de nuevos impuestos) y el interés desmedido y voraz de compañías extranjeras (AIOC) por los recursos iraníes como el petróleo, eran algunos de los problemas que enfrentaba el pueblo iraní en el periodo inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Con esta perspectiva, el gobierno trataría de promover un método de contingencia conocido como el plan de los siete años, el cual había sido aceptado a regañadientes por el sha tras una carta de la comisión de la majles que informaba:

¹¹ El gobierno suprimió también los sentimientos autonomistas de pueblos como el kurdo y de tribus como los lurís, que fueron diezmados por la política gubernamental (Keddie, 2007, p. 184).

No es un secreto para nadie que la economía de nuestro pueblo está pasando en la actualidad por una fase crítica que ha dado como resultado el debilitamiento del poder productivo del país, el descenso de las exportaciones –lo que hace que tengamos que importar objetos de primera necesidad–, la caída del poder adquisitivo del rial, el incremento en el coste de vida, la pobreza y el desempleo... (Keddie, 2007, p. 221).

Pero el plan de los siete años fracasaría, pues como lo afirma Nikki Keddie (2007): “Asumir que el desarrollo era posible y deseable sin que tuviese que producirse un cambio fundamental en la estructura social” (p. 224), debilitó toda planificación, pues el plan ni siquiera preveía una transformación del modelo económico impositivo en pro de los desfavorecidos. Por consiguiente, un poderoso movimiento nacionalista apoyado en el poder de las masas, en el aval de los clérigos (defendido por el ayatolá Kashani) y bajo la batuta de un ideólogo socialista como Mosaddeq, promovería estrategias revolucionarias para la superación de la crisis.

Fue así como tras ser elegido Primer Ministro en 1951, Mosaddeq emprendería una carrera en favor de la nacionalización del petróleo, aprobada por la mayoría parlamentaria en marzo de 1951, pero considerada por las potencias occidentales, en especial Gran Bretaña, como una afrenta a sus compañías (AIOC) y un reto a su poder en la región¹².

Tras la nacionalización, como lo afirma Nikki Keddie (2007): “Mosaddeq y sus seguidores, esperaban que Estados Unidos se manifestase como parte neutral y estuviese dispuesto a concederles créditos y a comprar su petróleo” (p. 227). Sin embargo, tras intentos fallidos de mediación con el gobierno Truman, Estados Unidos se mostraría también hostil a la nacionalización, y sus compañías se unirían a un efectivo boicot mundial contra el petróleo iraní, en apoyo a Gran Bretaña y a su compañía AIOC.

¹² Ante la decisión del parlamento Iraní, Gran Bretaña acusó al gobierno de Mosaddeq de robarle el petróleo y le amenazó con realizar un boicot contra su venta, lo que en realidad hizo, apoyado por el poder de potencias como Estados Unidos. Además, el gobierno Británico, cuestionó duramente la nacionalización ante organismos internacionales como la Haya y el Consejo de Seguridad de Naciones que poco o nada podían hacer.



Así pues, el nuevo gobierno tuvo que enfrentarse a una crisis mucho mayor y soportar además un golpe de Estado, orquestado por la CIA y el M16 (Servicio de Inteligencia Secreta / Británico), en el que el Primer Ministro Mosaddeq sería derrocado y juzgado en favor del poder absoluto del Sha¹³, quien apoyado por potencias como Estados Unidos y Gran Bretaña, promovería la occidentalización del país, una mayor represión contra los opositores, dirigida por el órgano de seguridad interno conocido como SAVAK, un consorcio con empresas petrolíferas (británicas, norteamericanas, francesas y holandesas) para que explotaran con facilidades los recursos nacionales y una reforma general que sería conocida en la historia como la Revolución Blanca.

Dicha revolución fue abordada por el gobierno en las décadas de los años 60 y 70 y era considerada por el propio Sha, como una oportunidad única para la modernización del país. Por tanto, en 1963 un plebiscito, abrumadoramente favorable, aprobaba el programa de reforma con seis puntos que incluían: “1) La reforma de la posesión de la tierra; 2) La venta de las fábricas estatales para financiar la reforma de la tierra; 3) Una nueva ley electoral que incluyese el voto de la mujer; 4) La nacionalización de los bosques; 5) La creación de un cuerpo nacional de alfabetización, principalmente para la enseñanza rural; 6) Un plan para que los trabajadores se quedasen con una parte de los beneficios industriales” (Keddie, 2007, pp. 259-260). En otras palabras, el punto principal de la reforma giraba en torno a la propiedad de la tierra, buscando instaurar un modelo que abandonara lo feudal e incorporara las leyes del mercado y del capitalismo. Además, la educación religiosa se vería claramente cuestionada al promover un modelo educativo laico que cuestionara la figura de los dirigentes religiosos, que en su mayoría perderían su poder y autoridad moral.

No obstante, las reformas instauradas no tendrían los efectos anunciados y gran parte de la población se empobrecería mientras que la burocracia estatal dominante se beneficiaría del dominio de las tierras y

¹³ Las elecciones para la majles en 1954 fueron plenamente manipuladas por el gobierno y en 1955 el Sha destituyó al Primer Ministro Zahedi y se proclamó auténtico hombre fuerte de irán y único mandatario del país (Keddie, 2007, p. 244-245).

el control económico, todo ello unido a una férrea represión que castigaba duramente cualquier tipo de oposición. Bajo este panorama, el pueblo iraní manifestaría su descontento tanto por las políticas instauradas en el reinado del Sha como por los procesos de occidentalización que cada vez se hacían más patentes. Fue así como estudiantes e intelectuales, descontentos por un sistema de gobierno autocrático y corrupto, reclamarían un modelo de gobierno de corte más democrático y con una distribución más equitativa de las riquezas, las cuales beneficiaban tan solo a unos pocos (incluidas grandes compañías internacionales que mantenían vínculos con la familia del Sha, quien había dado a diferentes potencias, en especial a Estados Unidos, vía libre para la explotación de los recursos nacionales) y mantenían en la extrema pobreza, a pesar de la bonanza petrolera del país en los años 70, a las clases medias (Bazaaris) y a los campesinos, ahora convertidos en proletarios como consecuencia de la industrialización.

La instauración revolucionaria del Islam

A finales de la década de los 70, un sentimiento de descontento generalizado capitalizaría la fuerza y el furor de sus protestas en los líderes religiosos del chiísmo, que encabezados por el famoso Ayatola Khomeini (exiliado desde 1964 por sus protestas contra el gobierno, pero reconocido por miles de seguidores que veían en su liderazgo el punto de quiebre para la monarquía y el ascenso de un poder islámico revolucionario), se convertirían en el principal enemigo de la monarquía, vinculando a su proyecto no solo a una mayoritaria población con sentimientos religiosos fundamentalistas, sino también a organizaciones de oposición laicas como el Partido Comunista, el Frente Nacional (socialdemócrata) y la extrema izquierda. Así entonces, Khomeini se convertía en la única figura religiosa importante, apoyada masivamente, que en forma abierta había criticado la Revolución Blanca del Sha y se había declarado enemigo de los Estados Unidos y del sionismo Israelí, acusándolos de una injerencia extrema en su país. Además, promovía una ideología revolucionaria con tendencias sociales y religiosas (mesiánicas) que atraía una amplia red de fieles discípulos de todo el mundo islámico, quienes desde el interior de Irán favorecían el proselitismo

político en favor del ayatola y difundían sus discursos¹⁴, prohibidos por el régimen del Sha, clandestinamente.

El 1 de febrero de 1979, tras 15 años de exilio forzado, la voz opositora del régimen del Sha, el ayatolá Khomeini, había regresado a su país con una sola idea, fomentar la instauración de un Estado islámico en Irán. Dicha idea no era algo inmediato, pues al parecer provenía de una serie de conferencias dictadas por el líder religioso en Irak (1970) y compiladas en un texto bajo el título: “Régimen del jurista: el gobierno islámico”, traducido a múltiples lenguas e introducido ilegalmente en Irán.

En su libro, como dejan verlo estudiosos como Nikkie Keddie y Matthew Gordon, Khomeini condenaba las formas de gobierno monárquico, al afirmar que “el Islam proclamaba como inválidas y erradas la sucesión hereditaria y la monarquía” (Gordon, 1987, p. 74), y a su vez citaba al profeta Mahoma cuando invitaba a diferentes monarcas de Arabia a aceptar el Islam y modificar su forma de gobierno. En segundo lugar, Khomeini incitaba al pueblo iraní a derrocar gobiernos ilegítimos, corruptos y que, según él, promovían la inmoralidad y la occidentalización, todo con el fin de sustentar la idea de un gobierno islámico basado en el Corán, la tradición (Sunna) y la sharia (ley islámica), las cuales, como argumentaba el líder religioso, “... Han de ser las únicas leyes y principios para alcanzar la felicidad y la perfección...” (Keddie, 2007, p. 334). En otras palabras, Khomeini consideraba que sólo estas leyes eran justas y tan sólo con ellas Irán lograría librarse de la perversión occidental e instaurar un modelo de gobierno perfecto y agradable a Dios.

¹⁴ Las palabras de Khomeini desde el exilio eran siempre incendiarias; así deja verlo un fragmento de su discurso del año de 1964, cuando el líder religioso condena una ley promovida por el Sha en el parlamento, denominada la ley del “status de las fuerzas”, mediante la cual se otorgaba inmunidad diplomática a todos los ciudadanos norteamericanos. Frente a esto Khomeini denunciaba: “Hace unos días, el proyecto de ley fue presentado al parlamento (...) a ello se opusieron algunos diputados, pero, de todos modos, el decreto fue aprobado (...) Han reducido al pueblo Iraní a un nivel más bajo que el de cualquier perro norteamericano. Si alguien atropella al perro de un norteamericano, esa persona será llevada a juicio. Incluso, si el propio Sha atropellara a un perro que perteneciera a un norteamericano, él también sería procesado. Pero si un cocinero norteamericano atropellara al Sha, el jefe de estado, nadie tendría el derecho de inmiscuirse con él. ¿Por qué? Porque querían un préstamo y los Estados Unidos pedían eso a cambio...” (Gordon, 1987, p. 64).

Finalmente, como el título lo indica, la parte más importante del libro hacía referencia a la dirección del Estado islámico. Aquí Khomeini, estimulaba claramente a los Ulemas (estudiantes legales del Islam y la Sharia) y a los Mullahs (hombres versados en el Corán, la tradición y la jurisprudencia islámica) a mostrar interés por los asuntos sociales y políticos. Así entonces, como lo reseña Nikkie Keddie (2007), el líder religioso proclamaba:

En un gobierno Islámico, en lugar de disponer de una asamblea legislativa hay que tener una asamblea para aplicar la ley islámica. Con el fin de aplicar la ley y preservarla de posibles deformaciones, la sociedad necesita de los consejos del profeta y los imanes (idea fundamentada en el chiísmo duodécimano). Ellos son los únicos que conocen la ley a la perfección y que poseen la absoluta virtud de la justicia. Después de ellos son los juristas musulmanes quienes deben gobernar. La autoridad de provenir oficialmente de los juristas (p. 335)¹⁵.

Por tanto, como lo afirma Gordon (1987), uno de los biógrafos del líder religioso Chií, Khomeini anunciaba lo que debía ocurrir políticamente mientras se esperaba la llegada del Iman oculto (duodécimo Iman-Mahdi), considerado como la fuente primaria del liderazgo de la comunidad.

Así entonces, para finales de la década de los años 60 el reinado dictatorial del Sha sumaba ya una serie de enemigos comunes (muyahidines derechistas –el tudeh– los fedayines marxista / leninistas –el Frente Nacional Marxista– la oposición religiosa) que aunque con intereses e ideologías un tanto diferentes, veían en la monarquía de Pahlevi un mal que debía desaparecer. Manifestaciones populares, desordenes civiles, movimientos guerrilleros (tanto de derecha como de izquierda) y luchas contra la represión de la policía secreta (Savak) que día a día perdía terreno, convirtiéndose tan solo en una pequeña sombra para la protección del monarca, fueron algunas de las coyunturas que hicieron tambalear la estructura del poder.

Pero sería, paradójicamente, la oposición religiosa, de la mano de un exiliado carismático (Khomeini), la que tomaría la palabra y vincularía a estos movimientos inconformes, pero diferentes entre sí, para una lucha común: el derrocamiento de la monarquía del Sha. Fue así, como

¹⁵ Ver en anexos el organigrama del sistema de gobierno Iraní.



la voz de los Ulemas en contra de las reformas internas (Revolución Blanca) y en desacuerdo con la occidentalización de la sociedad iraní, constituirían un movimiento revolucionario altamente popular, cuyo fin primordial sería la instauración de un modelo gubernamental islámico.

¿1979 o 1358? Un año decisivo para la revolución

Para el año de 1979 (1358 en el calendario musulmán) con la salida, e inminente abdicación, del Sha de Irán, el nombramiento de un gobierno encargado en cabeza de Bakhtiar y la alta popularidad de Khomeini, quien nombraría un gobierno paralelo dirigido por el líder político Bazargan (militante del frente nacional), Irán parecía comenzar un año turbulento en cuestiones políticas, pues al igual que otras revoluciones, la coalición primaria estaba por perecer ante la victoria.

Desde el comienzo de su administración, Bazargán tuvo que verse enfrentado a dos graves problemas en el manejo del Estado. Además de tener un gobierno paralelo (gobierno de Bakhtiar) y movimientos revolucionarios que reclamaban participación por su apoyo a la revolución, tuvo que afrontar la creación y aprobación, por parte del líder religioso Khomeini, de un llamado comité revolucionario, el cual tenía como propósito principal mantener la revolución por el buen camino, utilizando métodos de represión y ejecución contra los denominados contrarrevolucionarios; situación que era altamente criticada por los miembros laicos del gobierno, pero apoyada a ultranza por la mayoría de los religiosos del país, quienes argumentaban, sustentados en Khomeini, que las víctimas eran enemigos del Islam y de la república (Gordon, 1987, p. 92).

Pero los problemas del nuevo gobierno no paraban allí. Tras el derrocamiento de Bakhtiar en el mes de febrero, un referéndum para decidir el tipo de régimen que el pueblo deseaba, planeaba celebrarse el 1 de abril de 1979, sin embargo, su sola preparación mostraba ya un talón de Aquiles, pues Khomeini y sus seguidores pensaban ofrecer a los votantes tan solo dos opciones: La monarquía o la república islámica, agotando así otras formas de gobierno, como el democrático, propuestas por los demás partidos, quienes además de haber sido derrotados abruptamente en la urnas, cuestionaron el referéndum que aprobaba la creación de Irán como una república Islámica.

En consecuencia, la creación de la república islámica era el precedente para la redacción de una nueva Constitución, la cual sería preparada desde el mes de junio, estudiada y aprobada por una asamblea de expertos (en su mayoría clérigos), ratificada por Khomeini y avalada por voto directo el 3 de diciembre de ese mismo año. Dicha Constitución, encargaba la dirección del Estado islámico a un supremo guía de los ulemas (faquih)¹⁶, investido con gran poder político y religioso. Además, la Carta Magna permitía la elección democrática de un presidente y un parlamento, quienes se hallaban subordinados al líder espiritual supremo. Es de anotar, que diferentes líderes opositores, entre ellos el mismo Bazargán, se resistieron a la aprobación de este modelo constitucional, viendo en él un poder autoritario y no democrático.

No obstante, la aprobación popular de la constitución fue mayoritaria, gracias al proselitismo encabezado por los comités revolucionarios, la Guardia Revolucionaria (nuevo ejército creado tras la revolución) y los líderes religiosos del día viernes (día sagrado del Islam) nombrados por Khomeini. Así entonces, apoyado por una masa significativa y un partido político como el PRI (Partido Revolucionario Islámico) Khomeini tuvo el poder para atacar cualquier vestigio de imperialismo u occidentalización, reprimir a los opositores, en especial a las minorías étnicas, promover la elección popular de una asamblea altamente clerical y monopolizar la judicatura, introduciendo la sharia (ley islámica) como fundamento para la vida moral de la nación (Keddie, 2007, pp. 414-416).

Posteriormente, el año acabaría con un Bazargán destituido y acusado de conspiración por reunirse con funcionarios norteamericanos (lo que sería aprovechado por el PRI y su líder Beheshtí para tomarse el poder y el cargo del primer ministerio provisionalmente) y con un pueblo furibundo que al no recibir la extradición del Sha, tomaría como rehenes, el 4 de noviembre, a los diplomáticos norteamericanos de la embajada, acusándolos de espionaje y conspiración contra la república islámica y desatando una crisis internacional que duraría hasta el 20 de enero de 1981 y que sería conocida en el mundo como “la crisis de los rehenes”.

¹⁶ Esta idea se basaba en los postulados de Khomeini sobre el gobierno de los juristas, pero a su vez, según el historiador Emmanuel Síván “... era natural que Khomeini pensara que la revolución (y el gobierno post revolucionario) debería ser controlado por él mismo, como gran faquih de la era y vicario del Imán oculto...” (Gordon, 1987, p. 94).

Un acercamiento al proceso revolucionario durante y después de Khomeini

En pocas palabras, el periplo de tiempo (1979-1989) en el que el líder espiritual Khomeini estuvo a cargo del estado y del cuidado de la revolución y en el que a su vez fue acompañado por una serie de presidentes¹⁷, tanto electos como provisionales, entre los que sobresalen figuras como las de Banisard, quien ocuparía el cargo tan solo por un año y tres meses, siendo destituido y acusado por las instituciones revolucionarias de incapacidad política en la toma de decisiones; y Alí Khamenei, elegido como presidente entre los años 1981-1989 y quien en la actualidad ocupa el prestigioso cargo de líder supremo, sería reconocido por su arduo trabajo en favor de la Constitución islámica y su liderazgo en el Consejo de Convivencia, estamento creado por Khomeini, para mediar en las disputas entre el Parlamento y el Consejo de guardianes.

La guerra: entre los años de 1980 y 1988 Irán e Irak se trenzaron en una guerra sin cuartel, cuya causa aparente era un reclamo del gobierno de Irak por la delimitación de las fronteras establecidas en los acuerdos de Argel (1975). Sin embargo, para nadie era un secreto que el temor de potencias como EEUU y de países de la liga árabe, entre ellos Irak, por la expansión ideológica de la victoriosa revolución islámica, hacían temer una desestabilización en la región y una pérdida del “apoyo” norteamericano. Finalmente, y tras una cruenta guerra sin vencedor, ambos países decidirían firmar la Resolución 598, por la que la ONU proclamaba la paz y el final del conflicto.

La política: aunque inestable y continuamente atacada por grupos opositores y minorías étnicas, la Constitución tuvo un papel preponderante en la vida de la nación islámica. Puede decirse, que aunque las relaciones entre órganos electos (presidente) y el líder supremo no fueran las



¹⁷ Lista de presidentes Iraníes desde 1981, fecha en la cual es elegido el primer presidente del país, tendiendo como base el parágrafo 114 de la Constitución Islámica, avalada popularmente el 3 de diciembre del año de 1979. Banisadr (febrero 1980 - junio 1981) / Presidente provisional / Ali Rajai (Asesinado 28 días después de su posesión como Presidente - 30 agosto de 1981) / Presidente provisional / Khamenei (octubre 1981 - agosto 1989) / Rafsanjani (agosto 1989 - agosto 1997) / Jatami (agosto 1997 - agosto 2005) / Ahmadinejad (2005 -).

mejores, los estamentos democráticos parecían mantenerse y las instancias electas comprenderían poco a poco la imposibilidad de luchar con una fuerza religiosa (líder supremo-ulemas-asamblea de expertos), cuyo poder político y judicial era reconocido por la mayoría del pueblo. Es de anotar que para el año de 1982, Khomeini entregaría a la asamblea de expertos su testamento político, el cual sería abierto 4 años más tarde y en el que principalmente se abogaba por la continuidad de una república islámica, basada en los principios del Islam y de la Sharia.

La economía: entre los aspectos económicos más importantes cabe destacar la aprobación de una reforma agraria, la reanudación de relaciones comerciales con países vecinos, la constitución de proyectos industriales apoyados por potencias extranjeras y la utilización del petróleo para el incremento de las utilidades nacionales. Sin embargo, los malos manejos, la corrupción, los boicots internacionales y un país envuelto en una guerra, hicieron que la economía, a pesar de los buenos proyectos, se mantuviera tambaleante.

Tras la muerte de Khomeini, el modelo revolucionario gubernamental y religioso mantendría sus fundamentos. Un nuevo líder supremo (Alí Khamenei) y la elección de un presidente como Rafsanjani (1989-1997) abrirían las puertas a un periodo marcado por la represión contra aquellos, religiosos conservadores, que pretendían sostener políticas aislacionistas en contra de ideas de modernización y normalización de relaciones con Occidente propuestas por el primer mandatario. Pero los tiempos modernos exigirían aperturas y una visión externa del país, que pudiera permitirle un reconocimiento como una nación del siglo XXI. Fue así como la llegada al poder presidencial de Jatami (1997-2005), marcaría el inicio de una serie de “reformas”, entre las que pueden citarse: “La racionalización de un gran número de prácticas de la vida cotidiana, la modernización del ámbito religioso, el progreso del motor privado, el crecimiento de la cultura urbana, el activismo social de las mujeres, y la cada vez mayor autonomía de los individuos, además la reducción de las tasas de analfabetismo, gracias a políticas de diversificación educativa” (Aya, 2000, pp. 214-215).

Asimismo, Jatami promovería una serie de acercamientos con potencias occidentales, importantes para la política comercial, y a su vez, declararía el interés de reunirse, bajo el marco del respeto y el **diálogo entre civilizaciones**, con el gobierno estadounidense, todo con el fin



de restablecer relaciones y aminorar las sanciones que afectaban comercialmente productos como el petróleo. Sin embargo, muchos han considerado las reformas de Jatami como simple retórica, pues sus continuos enfrentamientos con el líder supremo (Khomeini) y con grupos revolucionarios conservadores, adscritos a órganos del gobierno, le impedirían un progreso real en sus ideales de transformación.

Finalmente, para el año 2005 el pueblo iraní elegiría un nuevo Presidente (Ahmadineyad), el cual declarado como oficialista e independiente, era el primer laico en la presidencia desde 1981 y el primero que se atrevía a denunciar la corrupción del clero en algunos de los órganos del Estado y a dejarlos por fuera en decisiones tan importantes como las del programa nuclear. Es de anotar, que el presidente Ahmadineyad, ha generado polémica durante los últimos años con sus críticas al sionismo, a la ONU y al gobierno norteamericano, acusándoles de conspiradores contra el gobierno Iraní y contra el Islam.

Conclusiones

- El conocimiento de diferentes paradigmas en el mundo árabe, requiere más que una simple fascinación individual o colectiva, pues es tarea fundamental la investigación, comprensión e interpretación de modelos de pensamiento y organización que, aunque complejos y diversos, han legado al mundo enseñanzas políticas y filosóficas fundamentales para la comprensión y análisis del mundo actual.
- El reconocimiento cultural e histórico de una sociedad como la árabe (especialmente la persa), viene convirtiéndose cada vez más en una necesidad imperiosa para el mundo occidental, ya que bajo los nuevos modelos de relaciones internacionales, sociedades como ésta marcan una pauta importante en la organización mundial.
- El encuentro entre Occidente y el Islam, catalogado por algunos como una lucha de poder entre civilizaciones, y por otros como un híbrido peligroso que genera confusión, ha de ser analizado en la actualidad bajo una mirada de complementariedad y no de estigmatización, es decir, como dos paradigmas de pensamiento que a pesar de sus

contrastes, pueden y deben ser reconocidos en un mundo que proclama libertad y respeto por la diferencia.

- Los procesos revolucionarios, aunque traumáticos y desestabilizadores para las sociedades, han permitido la transformación de modelos represivos y considerados anticuados por la mentalidad de una época. Sin embargo, en ocasiones la misma revolución ha degenerado en divisiones y nuevas represiones que, según la mentalidad revolucionaria, son necesarias para la consolidación nacional, pero que paradójicamente tan solo benefician y satisfacen a una minoría.
- La constitución de un espíritu religioso permearía sustancialmente las estructuras del periodo revolucionario iraní, pues además de haberse visto personificado en estamentos tanto clericales (ayatolas-ulemas) como laicos (partidos políticos), alcanzaría su plena concreción en la constitución de un imaginario popular que, sin olvidar los fundamentos de su religiosidad tradicional, se vería envuelto en un devenir revolucionario que le llevaría hacia una nueva mentalidad, cimentada en la definición de un nuevo modelo de gobierno (república islámica) y una nueva visión del mundo.

Anexo El sistema de gobierno iraní

(Basado en un informe de la BBC)

(http://news.bbc.co.uk/1/hi/spanish/specials/newsid_3492000/3492479.stm)





El sistema político iraní, aunque un poco complejo, combina elementos propios de una teocracia con otros característicos de las democracias modernas. Todo el organigrama se mueve bajo la batuta de un Líder Supremo, quien además de tener poderes para elegir algunos miembros de otros órganos gubernamentales, es designado por un cuerpo electo (asamblea de expertos) al que debe rendir cuentas secuencialmente. Es de anotar que la Constitución también reconoce la voluntad del voto popular, con el fin elegir algunos representantes del sistema de gobierno.

Instituciones electas

El Presidente

Es considerado uno de los altos cargos del país en la rama ejecutiva y se le considera responsable de certificar el fiel cumplimiento de la carta magna. Su elección es por voto popular para un periodo de 4 años y puede ser reelegido tan solo por un periodo.

No obstante, las funciones presidenciales se encuentran supeditadas por clérigos, por el Consejo de Guardianes (puede vetar elecciones) y por el líder supremo, quien controla asuntos de defensa y seguridad nacional.

Es de anotar que en el año de 2005 fue elegido como presidente el conservador Mahmoud Ahmadinejad, quien se convirtió en el primer jefe no religioso del ejecutivo desde 1981.

El Gabinete

El llamado Gabinete o Consejo de Ministros es elegido por el Presidente y avalado por el parlamento, el cual tiene poder suficiente para rechazarlos.

El poder del Gabinete se desarrolla en especial en las funciones comerciales, culturales y sociales del país. Vale anotar que el líder supremo, al tener atribuciones en cuestiones de defensa, está plenamente involucrado en decisiones del Gabinete.

El parlamento (El majles)

El parlamento iraní es unicameral y está compuesto por 290 miembros elegidos por voto popular para un periodo de 4 años. La tarea fundamental de este organismo gubernamental se basa en establecer leyes (respetando siempre la Sharia / Ley Islámica), ratificar tratados comerciales y aprobar el presupuesto del país. Sin embargo, todos los proyectos o leyes deben pasar antes por la aprobación del consejo de guardianes.

Es de anotar que el parlamento tiene poderes suficientes para someter a juicio político a los ministros y al Presidente.

El Consejo de Guardianes

Es considerado como el cuerpo de gobierno con mayor influencia en el país. Está formado por seis teólogos elegidos por el líder supremo y seis juristas presentados por el poder judicial pero aceptados finalmente por el parlamento. Estos ciudadanos son elegidos por seis años en dos tandas, de modo que cada tres años se renueva la mitad del cuerpo colegiado.

Entre sus funciones principales está aprobar todos los proyectos enviados por el parlamento, asegurándose que cumplan con la Constitución y estén acordes al derecho islámico (Sharia). Además, el Consejo tiene la facultad de vetar cualquier candidato que considere no apto para las elecciones parlamentarias, presidenciales o para la Asamblea de expertos.

La Asamblea de expertos

Este órgano del gobierno Iraní, conformado por 86 miembros, es elegido por voto popular para periodos de 8 años y solo los clérigos tienen las facultades para ingresar a él. La mayor responsabilidad de ésta Asamblea es la de elegir y controlar el buen desempeño del líder supremo.

Instituciones no electas

Líder supremo

El papel del líder supremo está basado en las ideas constitucionales instauradas por el Ayatolá Khomeini tras el proceso revolucionario. El líder debe ser la cabeza suprema del Estado nacional y ha de cumplir funciones como la designación del jefe del sistema de justicia, de seis de los miembros del consejo de guardianes, de los comandantes de las fuerzas armadas, de los líderes de oración del día sagrado (viernes) y de los directores de los medios de comunicación.

Fuerzas Armadas

El órgano militar iraní está compuesto por la Guardia Revolucionaria y las fuerzas regulares. Ambos comandos son regidos por jefes militares elegidos por el líder supremo, a quien deben obedecer.

La Guardia Revolucionaria se formó para proteger a los nuevos líderes e instituciones y luchar contra opositores de la revolución. Además, dicha guardia tiene una gran presencia en otras instituciones y controla a las milicias voluntarias, con secciones en todas las localidades.

Jefe del poder judicial

Es considerado la cabeza del aparato legal del país, el cual hasta el año de 1979 era controlado por poderes seculares, pero tras el proceso revolucionario, la inclusión de los clérigos tomó importancia nuevamente y las leyes anti-Islámicas, aprobadas previamente, fueron revocadas. Vale la pena recalcar que se introdujeron leyes nuevas basadas en la Sharia (Ley musulmana - Derecho islámico en el que se incluyen una serie de normatividades morales para la vida diaria).

Finalmente, el poder judicial tiene como tarea principal, además de elegir a seis de los miembros (laicos) del consejo de guardianes, garantizar el cumplimiento de las leyes islámicas y definir políticas judiciales claras para los ciudadanos.

Consejo de convivencia

Creado por el Ayatolá Khomeini durante el periodo revolucionario, es un órgano elegido por el líder supremo, en el que se destacan figuras religiosas, políticas y sociales. Su función principal está en orientar al líder supremo en decisiones que atañen a las disputas entre el parlamento y el Consejo de guardianes.

Referencias bibliográficas

Aya, Maria T. (2000). Irán ¿Es posible la democracia en un estado Islámico? Oasis, Universidad externado de Colombia, CIPE, 214 - 215.

Agencia de noticias IRNA. (2008). Iranología [en línea]. Disponible en: <http://www2.irna.ir/occasion/es/index1.htm>. [Consultado 10 de Octubre 2008].

BBC. (2008). El sistema político Iraní [en línea]. Disponible en: http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/specials/newsid_3492000/3492211.stm [Consultado 10 de Octubre 2008].

Gordon, Matthew. (1987). Líderes del mundo Khomeini. Bogotá: Editora cinco.

Keddie, Nikki R. (2007). Las raíces del Irán moderno. Bogotá: Norma.

Khoury, Adel-Th. (2000). Los fundamentos del Islam. Barcelona: Herder.

Martínez, Marcela y Alessi, Carlos. (2008). La revolución islámica no termina en Irán, [en línea]. Disponible en: <http://ar.geocities.com/obserflictos/revoira.html>. [Consultdo el 10 de Octubre 2008].

El Tiempo. (1979). (Archivo de prensa U de A). Bogotá.

Periódico Voz proletaria. (1979). (Archivo de prensa U de A) Bogotá.